

## Una vuelta más a la cuestión “periodismo y literatura”. El archivo, la crítica y los restos de la modernización latinoamericana

Another turn in the “literature and journalism” subject. Archive,  
criticism and the rests of Latin American modernization

**María José Sabo**

Centro de Estudios en Ciencia, Tecnología, Cultura y  
Desarrollo; Universidad Nacional de Río Negro/ Consejo  
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)  
merisabo@gmail.com

### Resumen

A partir de las últimas tres décadas, en el ámbito cultural latinoamericano han surgido varios proyectos archivísticos que toman como material primordial de desclasificación a las producciones periodísticas del siglo pasado. El artículo indaga de qué manera el creciente interés por su acopio, investigación y puesta en circulación pública se relaciona con un modo de desarchivar y criticar la modernidad cultural latinoamericana. La hipótesis de lectura sostiene que estos materiales, precisamente por el lugar de resto indeseado que ocuparon en el proceso de modernización, retornan a través de un

### Abstract

Since the last three decades, within the Latin American cultural milieu, several archive projects have been appearing which assume, as its fundamental declassification material, different journalistic productions of the Twentieth Century. The present article examines the ways in which the growing interest in joining, studying and promoting this material is associated with desarchivation procedures and with modern cultural Latin American criticism. We maintain that precisely these materials, because of its place as “rest” of the modernization process, return through the archive labor as a space from which to

María José Sabo

Vol. 1, N.º 53 (enero-marzo 2017)

singular trabajo de archivo el cual se reformulate certain modern cultural politics. transforma en espacio desde el cual reformular ciertas políticas culturales de raíz moderna.

**Palabras Claves:** archivo; modernización latinoamericana; textos periodísticos; crítica; literatura. **Key words:** archive; latin american modernization; journalistic texts; criticism; literature.

**Artículo recibido:** 15/01/2017; **evaluado:** entre 08/02/2017 y 10/03/2017; **aceptado:** 15/03/2017.

## Introducción

Se puede observar que en el ámbito cultural latinoamericano se ha experimentado una significativa transformación en determinadas prácticas críticas vinculada a la emergencia notable de proyectos (institucionales, académicos, museísticos y editoriales) de construcción de archivos. Éstos contribuyen tanto a rescatar y poner en valor acervos del pasado como así también a señalar la importancia cultural y epistémica actual que comporta la propia tarea de archivar. El discurso crítico mismo refiere a que es a partir de las últimas tres décadas cuando se constata la emergencia de una verdadera “fiebre de archivo” (Suely Rolnik, 2014; Andrea Giunta, 2010). Si bien esta “fiebre” tiene distintas modulaciones en la medida en que atañe a diferentes objetos y a una multiplicidad de ámbitos e instituciones que la llevan adelante, sin embargo, de modo general incide en un cambio de dirección en los modos de plantear la organización, la puesta en circulación y la preservación del patrimonio cultural de la región.

Nos interesa reflexionar de qué modo las crecientes prácticas de desclasificación de materiales culturales pretéritos impactan específicamente en el rescate de una ingente cantidad de producciones periodísticas producidas dentro de un arco temporal que se extiende desde la emergencia del proceso de modernización cultural latinoamericano -desde finales del siglo XIX y con el Modernismo como su núcleo-, hasta su puesta en crisis en los años '80 del siglo XX (Joaquín Brunner, 1986). Estas prácticas periodísticas se encontraban expuestas a un estado de pérdida en tanto materiales que padecieron, en su forma de conservación y valorización, la lógica cultural que impuso el imaginario de esta modernización en tanto propulsada como

proyecto de “actualización” y “nivelación” cultural forzosas con el meridiano europeo. Esto es, una lógica dicotómica (división entre alta y baja cultura), polarizada (enfrentamiento entre literatura o periodismo; entre géneros “mayores” y géneros “menores”), de fetichismo entorno a “la gran obra” e idealizadora de la autonomía de la praxis escritural: coordinadas éstas que contribuyeron a ubicar a las escrituras periodísticas fuera del radio de lo “culturalmente archivable”: fueron procesadas así como un resto indefectible del proceso de modernización. Su actual desclasificación se inscribe como una acción interpelante de ese ordenamiento, y en ese sentido nuestra lectura propone pensar cómo la injerencia de lo archivístico en la significativa reposición de los materiales periodísticos dentro de trabajos actuales de rescate y puesta en conservación alimenta un proyecto crítico y político que pasa a contrapelo de las representaciones dominantes de la modernidad cultural latinoamericana y en particular, pasa a contrapelo de las formas de valoración de las prácticas escriturales que dicha modernidad sostuvo. El rescate archivístico de estos materiales, precisamente por su forma de sobrevivir como restos de esa modernización, se halla en el gozne de una desarchivación mayor: la desarchivación crítica de la modernidad cultural latinoamericana.

Para dar cuenta de ello el texto releva varios casos de desclasificación de textos olvidados, o incluso marginados dentro de la obra reconocida de un autor por tratarse de escrituras destinadas al periódico, también se hace referencia a materiales periodísticos hasta el momento solo disponibles de manera dispersa en hemerotecas. Con ello se busca mapear un estado de esta fiebre archivística.

Se hace hincapié en la forma en que la relación crítica con estos materiales se halla envuelta actualmente por una creciente tarea de desclasificación y posterior nueva archivación de cariz reconstitutivo de lo que otrora fuera desplazado a los márgenes. En tanto el objetivo de esta tarea se cierne en torno a la puesta a resguardo del material, ésta repercute en su rejerarquización, en especial si se observa este proceso desde la óptica de los estudios literarios para los cuales todo este acervo de producciones periodísticas constituyó históricamente un *corpus* de textualidades consideradas menores y conflictivas debido a su inclasificabilidad. Para la crítica literaria latinoamericana desarrollada a lo largo del siglo XX, hija ejemplar del proyecto de modernización que le fue contemporáneo, las prácticas periodísticas llevadas adelante por inúmeros escritores que se hallaban consagrados en el salón literario por su “obra mayor”, representaron un verdadero dilema, porque, si por un lado llevaban la firma de un escritor reconocido, por otro, constituían una escritura que contradecía las definición de qué era *lo literario* y de este modo, confrontaba con la autoridad del campo y la voluntad de diferenciación y autonomización del espacio demarcado como las *Bellas Letras*. Al no ajustarse a los

parámetros valorativos de una institución literaria de aspiración moderna, los cuales podrían resumirse en la fórmula de “literatura igual a ficción” y “literatura igual a lenguaje no instrumental”, según lo estableciera Alfonso Reyes en la década del '40, perturbaban el proyecto de conformación de un sistema literario latinoamericano orgánico; un proyecto de larga data que guió los esfuerzos de la crítica desde los años '30 y '40 –con el propio Alfonso Reyes y Henríquez Ureña a la vanguardia-, hasta los años '80, en que entra en crisis.

Por ello, la perspectiva con que el artículo aborda este escenario está dada por una mirada que se proyecta posicionada desde el ámbito de la crítica y los estudios literarios latinoamericanos. Esto demanda tener en cuenta el bagaje de problemáticas que abonaron durante el último siglo una tradición de debates latinoamericanistas sobre la conceptualización de la cultura, la crítica, la escritura y la modernidad misma; debates para los cuales la tensión entre literatura y periodismo resultó crucial a la hora de imaginar y construir un sistema cultural latinoamericano finalmente moderno. Las formas y prácticas escriturales tuvieron aquí un protagonismo no siempre bien ponderado porque funcionaron como el medio de comprobación de que esta modernización se habría efectivamente logrado: para la intelectualidad letrada de principios y hasta mediados del siglo XX la prueba estaba dada por la emergencia en la región de una producción escritural representativa de la madurez cultural alcanzada, la cual siguiera el modelo de los géneros literarios mayores (novela, cuento, poesía) a semejanza del sistema europeo, y que así barrera con el lastre de textualidades híbridas que habría dejado la Colonia. Por otro lado, la mirada puesta en la cuestión del archivo nos conduce a asirnos teóricamente de los significativos aportes que Jacques Derrida hace al tema en su texto *Mal de archivo. Una impresión freudiana* (1995). Se complementa esta mirada teórica en el diálogo con los aportes surgidos desde la región, éstos son los de Miguel Dalmaroni, Joaquín Barriendos, Andrea Giunta, Federico Galende, entre otros, quienes han inscripto sus reflexiones sobre lo archivístico dentro del campo de debates en torno a la cultura en América Latina.

### **“Literatura vs. Periodismo” en el proceso de modernización cultural latinoamericana**

Como sostiene el crítico Raúl Bueno (1989), la modernización latinoamericana se caracterizó, a lo largo del siglo XX, por ser una modernización planificada y de fuerza preceptiva, volcándose hacia una identificación con los parámetros estéticos y culturales de las literaturas europeas. Fue un proyecto que requirió entonces de la producción de las primeras teorías literarias latinoamericanas, las cuales aparecieron entre los años '30 y '40, deviniendo rápidamente en

instrumentos para generar parámetros precisos que permitiesen la delimitación entre lo que se consideraba “lo literario” (estableciéndose éste en el centro distribuidor de los valores culturales) y lo que no. Las teorías literarias fueron una herramienta puesta a funcionar como barrera de contención en momentos en los cuales las cuantiosas producciones periodísticas comienzan a disputar espacio a las obras literarias: baste leer la arenga que hace el escritor Alejo Carpentier en su discurso de 1975 para que los textos periodísticos sean incorporados a la llamada “literatura latinoamericana”. Como él, otros varios reconocidos críticos latinoamericanistas tales como Fernández Retamar, Noé Jitrik, Cornejo Polar o Ángel Rama, en contra del *status quo* cultural establecido por la norma modernizadora, también consideraron que la praxis periodística constituía el centro de la cultura latinoamericana debido a su compromiso con lo político, con la historia, con las demandas del pueblo y con el mundo material del trabajo: la actividad periodística de los escritores constituía así para estos críticos mencionados el núcleo más *sincero* de las expresiones culturales de la región y su actividad medular. Estas discusiones que empiezan a emerger, no azarosamente en los “politizados” años ’70 y dentro del horizonte de las discusiones de fuerte cuño marxista, son sin dudas un síntoma del malestar con respecto al desenlace de sabor elitista, criollista y autoritario, según observa el crítico Román de la Campa (1996), en que había decantado la utopía modernizadora en América Latina. Pero también, un síntoma de la inquietud que dichas escrituras le reportaban a una crítica latinoamericana que entendió que su ansiada institucionalización no podía hacerse sin una concomitante “modernización” de sus lenguajes, instrumentos de análisis y objetos de estudio, dando por resultado el relego de los textos periodísticos de su radio de interés, y la consecuente condena de ellos a una no-archivación, o mejor definido, a una ausencia de políticas archivísticas que asumieran su resguardo como problema vinculado a la construcción de una memoria del futuro. Porque la acción corrosiva del olvido, sostiene Jaques Derrida (1995), se cierne sobre todas las producciones humanas y es la que justamente hace que la tarea de la archivación tenga el fuerte sentido político que la reviste.

En los años ’80 los Estudios Culturales vinieron a poner en evidencia el entramado oculto de esta forma de organización de la cultura y sus prácticas asentada durante el proceso de modernización. Lo que queda en evidencia ahora es que las operaciones críticas concitadas en torno a la identificación y especificación de cuáles textos serían literarios y cuáles no (es decir, la tarea central de las Teorías Literarias), tienen un alcance regulativo mayor ya que lo que separan y moldean es también una valoración desigual de las prácticas escriturales que

decanta indefectiblemente en una diferenciación consensuada entre aquello que de la cultura sería archivable y lo que sería no-archivable.

La pregunta por lo se considera digno de archivar funcionaba como pieza central del ordenamiento moderno de las prácticas culturales. Mientras lo archivable era acogido por el soporte del libro (de acceso dificultoso para el periodista por constituir un objeto oneroso, sobre todo a principios de siglo, pero también por estar destinado a la “obra literaria” según el consenso cultural) o por la del museo, siendo ambos los artefactos más preciados de la modernidad y funcionales a su forma de regular la experiencia cultural, por otro lado, el resguardo eventual de lo no-archivable quedaba supeditado al azar que le deparara el paso del tiempo. Ya a principios de siglo XX Gutiérrez Nájera se lamentaba de que a las escrituras que los modernistas producían para los periódicos no se les permitiera “la entrada a los museos”; para Nájera una verdadera injusticia que culminaba por exponer a esa escritura a la destrucción, a ser textos semejantes a “vestidos de seda, [que] se rompen al día siguiente del baile” ([1884] 1995: 263), según su propia expresión. El acceso diferencial a estos dispositivos disponibles de conservación de la cultura que está en la base de la separación entre “lo literario” y “lo periodístico” sostenida por la modernización latinoamericana, señala la importancia que reviste hoy la construcción de un archivo *otro* con materiales primeramente fueron marginados: la de la construcción necesaria de memoria porque, como sostiene Joaquín Barrirendos (2012) “el acto de decidir guardar un documento para la posteridad conlleva inevitablemente el acto de [...] desechar algún otro; esta operación, a su vez, conlleva inevitablemente el hecho de predisponer los jeroglíficos del futuro y el de condicionar el universo de las posibles interpretaciones del pasado” (132).

Que las producciones periodísticas hayan sido resistidas por la crítica a lo largo del siglo, y así, retaceada su conservación y valoración para el armado eventual de “los jeroglíficos del futuro”, hace que su rescate en estas últimas décadas constituya un proceso con hondo significado cultural. En primer lugar porque instala la necesidad de reflexionar sobre las políticas culturales e institucionales de ese pasado y su connivencia con ciertos mecanismos de olvido, y así, en segundo lugar, porque allana el camino hacia la construcción de otras nuevas políticas vinculadas con la democratización de los acervos del pasado y la reactivación de sus legados, ya que, sostiene Andrea Giunta (2010), la tarea de desclasificación de archivos supone una desclasificación de políticas del conocimiento (23), las cuales también son convocadas en la mesa de trabajo de la crítica actual.

De esta forma, nos interpelan desde su anacronismo: en la medida en que fueron lo tachado, lo que debió quedar afuera para que un orden moderno se establezca, regresan como restos de

escrituras que entran en fricción con los sentidos y retóricas del presente, generando inconsistencias dentro de una obra de autor o dentro de un período que la crítica supone “bien documentado”. Pero, más profundamente, su potencia consiste en la capacidad de agrietar el “archivo dado” (Miguel Dalmaroni, 2010:17) de la modernidad latinoamericana, cariz museístico y excluyente, para comenzar a imaginar otro “archivo posible” (17) que reorganice las formas en que se construyen, experimentan y legan las producciones culturales desde nuevos valores. Los nuevos valores convocados en torno al trabajo archivístico de los últimos años son los de la democratización del patrimonio y, desde allí, la revisión crítica de los criterios valorativos que rigen la selección de los materiales a ser archivados, asimismo, el compromiso con la revitalización de lo que ha sido expuesto al olvido mediante la estimulación de las tareas de conservación, entre otros.

Por ello, esta desclasificación de materiales periodísticos funciona en paralelo como una desclasificación de las formas y políticas de conservación, selección y estructuración de la vivencia cultural asentada en y por la modernización latinoamericana, orientándose hacia la búsqueda de un orden *otro*, por fuera del legado “letrado y elitista” (De la Campa, 1996). Es en este sentido que se torna crucial inscribir el impacto cultural que tiene la recopilación de estas escrituras dentro del marco del trabajo de archivo, porque, abrevando del pensamiento derrideano, es preciso no perder de vista que “no se vive de la misma manera lo que ya no se archiva de la misma manera” (Jacques Derrida, 1995: 24).

### **Breve relevo de casos de archivación de producciones periodísticas en la región**

A continuación nos referiremos brevemente a determinados trabajos de recobro de material periodístico de peso en los últimos años. El objetivo no es dar un relevo exhaustivo, tampoco detenemos en el análisis de la construcción de un archivo en particular en la medida en que cada proyecto archivístico involucra un conjunto de decisiones institucionales, de intereses particulares y un entramado singular de acciones cuya referencia no podría ser agotada aquí sino a riesgo de aplanar su complejidad. La intención es ofrecer un mapeo que ponga de relieve, por la cantidad de casos y por el impacto que estos tienen en los relatos críticos que indefectiblemente todo trabajo archivístico genera en concomitancia, lo significativo de este proceso en expansión para, a partir de allí, poner en funcionamiento lecturas que nos permitan pensar porqué estos materiales se hallan envueltos en los últimos años por un marcado interés por su acopio, su adquisición, organización, investigación, exhibición y conservación.

Al respecto, es de destacar la irrupción que hacen dentro del espacio delimitado como “la literatura argentina” los textos periodísticos de un modernista olvidado, el escritor Benigno B. Lugones. Sus crónicas inéditas hasta hoy son rescatadas en el marco de la colección *Los raros* promovida por la acción institucional de Biblioteca Nacional Mariano Moreno (entre 2005 y 2010) y recopiladas bajo el título *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)* (2011). La emergencia sorpresiva de estos textos pone de manifiesto que hasta el momento no se hallaban incorporadas a prácticamente ninguna lectura del Modernismo. En esta misma colección son rescatados los textos periodísticos de otros modernistas como Manuel Ugarte (*Crónicas del Bulevar*); Germán Avé Lallemand (*Antología 1835-1910*); Last Reason (*A rienda suelta*); Francisco Grandmontagne (*Vivos, tilingos y locos lindos*); también artículos diversos publicados en periódicos de la época de Ezequiel Martínez Estrada (*Filosofía del ajedrez*). Todos ellos son fruto de un relevamiento que pasa a contrapelo del canon de una “literatura nacional” y de las historiografías cristalizadas para ir al encuentro, como el propio título de la colección propone, de *lo raro, lo otro*. La praxis periodística de Juan José de Soiza Reilly también es rescatada dentro de la labor archivística de esta colección. En 2008 aparece el volumen *Crónicas del Centenario*, con selección y estudio preliminar a cargo de Vanina Escalles. Escalles no deja de preguntarse lo que decanta por sí mismo en esta exhumación: ¿por qué se *olvidó* a Soiza Reilly? Pero otra exhumación de sus artículos periodísticos anterior a ésta del 2008 resultará revolucionaria en sentido archivístico: la que realiza Josefina Ludmer en 1999 en su estudio *El cuerpo del delito*. Jorge Panesi argumenta a propósito de la operación crítica decisiva que Ludmer realiza en su libro:

Olvidado, o no leído, sepultado en la indiferencia crítica, importará menos explicar el porqué de este olvido, que hacer inteligible cuál es la nueva concepción hegemónica de la cultura que permite leer hoy un nombre -Juan José de Soiza Reilly- cuando siempre estuvo allí (Panesi, 2005: s/n).

Otros escritores que se sí gozaban de reconocimiento por su desempeño periodístico como es el caso ejemplar de Roberto Arlt, sin embargo también ven interpelada la constitución compacta de su “obra” con la aparición de otros restos escriturales que emergen como interferencias para las lecturas cristalizadas hasta el momento. Efectivamente, en febrero de 2013, y luego de que se liberaran los derechos, se publican sus *Aguafuertes cariocas. Crónicas inéditas desde Río de Janeiro* y en mayo de este mismo año se publica *Roberto Arlt. El fascineroso. Crónicas policiales*, rescatando textos que no pertenecían al corpus cronístico más reconocido. La invocación de ese resto en el trabajo de archivo, si en un punto está guiado por



el afán de reparar lo que falta, en verdad lo que sucede es que éste siempre abre otros nuevos vacíos de sentido, provisionalmente inclasificables. Allí radica el carácter revolucionario de la pulsión archivística, según lo propone Derrida (1995), porque el resto impide la institucionalización, monumentalización o cierre de un corpus, es decir, impide justamente la dimensión *conclusiva* y *realizativa* de la *gran obra* de un escritor, como así también de un canon definitivo, ambos, elementos sumamente apreciados por el parámetro valorativo de la modernidad cultural latinoamericana los cuales, como se puede observar, comienzan a resquebrajarse.

Textos periodísticos de otros grandes escritores de la literatura latinoamericana, quienes adquirieron el estatuto de clásicos, también serán objeto de ardua pesquisa y reunión de sus “papeles dispersos” en el marco de los últimos años. Este es el caso del poeta César Vallejo (con la publicación de *Artículos olvidados* y luego el volumen titulado *Crónicas*). Asimismo, las notas periodísticas del novelista Miguel Ángel Asturias (*París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*).

También es un caso significativo la desclasificación de los artículos de Alfonsina Storni recopilados en 1999 gracias al trabajo de investigación de Delfina Muschietti. Estos dan cuenta de que la figuración de una “Alfonsina periodista” no es sino muy reciente: Muschietti pone en circulación académica y pública a una Alfonsina muy distinta de aquella de las lecturas consabidas y estancadas en ciertos aspectos de su poesía y biografía.

En los últimos años también asistimos a la construcción sostenida del archivo de textos periodísticos de Clarice Lispector (*Solo para mujeres*), también son publicados los artículos del escritor chileno José Donoso (*Artículos de incierta necesidad* de 1998); las notas de Manuel Puig enviadas a la revista *Siete Días Ilustrados* (*Estertores de una década*); las de Sara Gallardo (*Macaneos. Las columnas de Confirmado 1967-1972*); los artículos de Juan Gelman (*Escritos urgentes. Las mejores crónicas del poeta*); los de Francisco Urondo (*Obra periodística. Crónicas, entrevistas y perfiles. 1952-1972*); los textos que Rodolfo Fogwill escribía para las revistas contraculturales de los '80 (*Los libros de la guerra*).

Otros proyectos archivísticos recobran revistas y periódicos completos. En ellos la labor de instituciones como la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI) toman gran protagonismo. Debe señalarse aquí el singular interés que adquieren las publicaciones de carácter combativo de los años '60 y '70. De esta manera se destacan las ediciones en soporte libro -reunificando todos los números de una misma revista- de: *Controversia*; *Crisis*; *Pasado y Presente*; revista *Che*; *La*

María José Sabo

Vol. 1, N.º 53 (enero-marzo 2017)

*Rosa Blindada; Los Libros; Envido. Revista de política y ciencias sociales; Peronismo y socialismo/ Peronismo y Liberación*, entre otras.

Para cerrar este mapeo debe mencionarse el archivo en proceso de construcción de los textos periodísticos de Rodolfo Walsh. Para ello, cabe citar al respecto la elocuente apreciación que Julián Aubrit (2012) hiciera al respecto de sus papeles:

no hace falta tomar partido en la polémica Borges vs. Walsh para considerar casi obscena la diferencia: mientras la Biblioteca Nacional edita un libro con las anotaciones de Borges [...] y mientras los tres tomos de *Textos recobrados* incluyen, por ejemplo, una reseña en francés escrita a los 19 años y publicada en un revista de Ginebra, la traducción de un poema de un compañero del secundario [...] o el folleto turístico que escribió para Varig, *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina* de Horacio Verbitsky (1985) [...] y *Rodolfo Walsh vivo* de Roberto Baschetti (1994) [...] nunca se han reeditado, y muchos textos de Walsh muy interesantes por varios motivos no han sido recopilados en libro (4)

En la cita se reafirma, a propósito del señalamiento del valor que tiene la puesta en circulación pública de estos textos, la tensión que hace saltar el trabajo archivístico entre dos políticas culturales contrapuestas: aquella que sigue en la línea de una modernidad cultural sacralizadora y apoyada en las garantías de valor que darían, *per se*, todos las producciones de la alta cultura (aquí encarnada en los ínfimos papeles *dignos* de archivación sólo por pertenecer a Borges); por otro, una política orientada a la democratización de los acervos, a la restitución de compromiso histórico e interés político de lo que ha quedado al margen. Esta última no avanza sino es en paralelo a una revisión crítica de la primera, tal como decanta del extracto citado.

Generar archivos de materiales periodísticos originalmente dispersos y de existencia asistemática en diarios y revistas implica no desatender que ello los pone en tensión necesariamente con la tradición prestigiosa del libro, en general sólo reservada a las obras provenientes de la alta cultura. Su entrada al libro involucra integrarlos a una nueva temporalidad que antes les era retaceada; la de lo no percedero, y así, a una nueva condición de estabilidad y una nueva forma de circulación y diálogo con la trama discursiva del presente que los acoge: elementos todos estos que no estuvieron contemplados en el momento original de su escritura.

Alejados de la tradición belle-letrista del libro, fue la labor de las hemerotecas la que se encargó de resguardar estos materiales. Pero el trabajo de las hemerotecas difiere del de la construcción de un archivo en los términos en los que lo estamos pensando aquí; es decir,

como una construcción que involucra la decisión crucial de “lo publicable en libro”, crucial porque traspasa y así problematiza el umbral de las valoraciones estéticas, sociales y autorales, asentadas por la modernidad latinoamericana y sostenedoras de la brecha entre *lo publicable/no publicable*, *archivable* y *no-archivable*. La construcción del archivo pone en juego político y estético todas estas decisiones que previamente debieron ser tomadas por el archivista, integrándolas en el propio mecanismo de revalorización del material. Frente a ello, el resguardo de estos materiales periodísticos en hemerotecas, aunque implique un inestimable trabajo de búsqueda y organización también a contracorriente de las fuerzas de la modernización imaginada, se asemeja más, sin embargo, a la idea tradicional de archivo referida por Derrida (1995) como la “asignación de residencia de los materiales”. La conformación de archivos que demandan una inscripción en libro (ya que desde Derrida, el archivo reclama siempre una *técnica archivística* que entrelace a *lo impreso* con *lo impresor* conformando un acontecimiento nuevo en el tiempo, 24), justamente por la historia de rechazo que esta tradición libresca les significó, apuestan por dar un paso más allá de lo dado al inquietar valores culturales de herencia moderna sostenidos sin duda en una estimación desigual que atañe también a los soportes. Este archivo que “sale” de los límites espaciales del *depósito* y de las políticas conservativas de la hemeroteca, predispone al material a abrirse a una experiencia distinta de su lectura, de recorrido, uso y conservación, la cual trasciende las prácticas de consulta especializada (sobre todo la llevada adelante por el investigador *en la biblioteca*) y del fichaje *in situ*. Libera al material también de su halo de “documento de época” y lo reviste de un nuevo valor estético, el cual repercute en su forma de recepción. Se pone así de relieve que el poder del archivo es el de la consignación a partir de la “reunión de signos”: una coordinación de los textos que los establece (material y jurídicamente) bajo una ley y lo externaliza en un espacio público (Derrida, 1995:11), en otras palabras, lo expone, no sin involucrar su carácter eminentemente *material*, a la pugna interminable entre los múltiples discursos que se disputan la construcción de los sentidos sociales del presente. El archivo los reactiva, no como pieza de un pasado museificado, sino como resto portador de un lenguaje vivo e interpelante en tanto lo olvidado, negado o desplazado del friso de representaciones culturales legítimas. En este sentido, aparecen materiales que también generan desestabilización al interior de los diseños teóricos y críticos a través de los cuales un determinado escritor fue leído: la crítica se encuentra en muchos casos con escritores “literarios” que se revelan, ahora, también periodistas, cronistas, editorialistas, etc., viéndose por ello desafiada a generar nuevas claves de lectura que integren esos restos escriturales dentro de la obra conocida.

Aquí se vuelve clara la potencia de los textos periodísticos englobados como géneros “menores” para dislocar lo dado, es decir, para perturbar a *lo que está en su lugar* (Federico Galende, 1995: 24) cobijado por una red de legitimidades que ponen “al presente en reposo”: lo que estando en conformidad con los lenguajes críticos dominantes y los mecanismos de asimilación cultural, habilitan a que el presente se cierre sobre sí mismo como superficie lisa de sentidos consensuados. El archivo como forma de acción, y en su sentido más revolucionario, viene a abrir esa malla de consensos.

### **Desarchivar la modernidad cultural latinoamericana desde la recuperación de los materiales periodísticos**

La modernización latinoamericana moldeó un mapa de jerarquías desigualmente distributivas entre los bienes simbólicos, normando una experiencia de la cultura que implicó una determinada organización de las formas de circulación, consumo y pervivencia de sus producciones escriturales. Esta modernización estuvo guiada por un alto contenido utópico en tanto se la pensó como proceso reparador del “atraso latinoamericano”, sustentándose en la consigna de una integración y nivelación entre “lo propio y lo europeo”, con preeminencia de lo segundo (Reyes, 1944). Para las praxis escriturales de la región esto significó la regencia de lo europeo como modelo a seguir: la “pureza” de los “géneros literarios” (Henríquez Ureña, 1952) y la autonomía cultural (Ramos, 1989) sobre todo. Por la forma que adquirió esta modernización, las escrituras periodísticas, en general y por largo tiempo, corrieron la suerte de ser materiales predispuestos a un olvido que les sería natural o esperable por tratarse de escrituras que, dentro de este ordenamiento moderno, estarían ubicadas no solo en un rango menor, sino en *infracción* con respecto a aquel modelo de aspiración europeísta. En contraparte, esta misma experiencia moderna demarcó como bienes socialmente atesorables (conservables y destinados a una legítima herencia cultural o nacional) a otros textos identificados con el signo de la literariedad, concepto clave dentro de las primeras teorías literarias latinoamericanas y propuesto por los Formalistas Rusos hacia principios del siglo XX. Mientras los bienes literarios se ven envueltos en las disputas en torno a lo canónico o en los debates relacionados con las “literaturas nacionales” y la “representatividad cultural” de los textos, como así también en las preocupaciones respecto de las formas de su transmisión hacia las generaciones venideras, en el ámbito latinoamericano estas mismas cuestiones dejaron afuera a las producciones periodísticas. Materiales históricamente confrontados a la

lógica legitimadora de lo canónico en tanto escrituras que, en las antípodas de *la obra* y de la noción de “literatura en sentido restringido” que regía el sistema cultural en vías de modernización (Cornejo Polar, 1999), se hallarían comprometidas con múltiples “anti-valores”, entre ellos, con lo efímero, lo híbrido, lo inclasificable, lo contaminado con el mercado y lo masivo, lo comprometido con lo contingente y con la tiranía de la novedad por oposición a lo trascendente y universal encarnado en la obra lograda.

La cuestión de la división entre periodismo y literatura se enmarca en lo que Huysen ([1986] 2006) denomina “La Gran División” del siglo: entre, por un lado, un arte elevado, separado de lo cotidiano y de la serialidad de las industrias del entretenimiento y, por otro, una cultura popular y de masas a la cual fue remitida durante el siglo XX el grueso de la práctica periodística. Esta división funcionó como el gran paradigma de inteligibilidad de lo estético durante buena parte del siglo (Huysen: 5-15). Un ordenamiento dicotómico “organizado sobre la horma de una fuerte carga política” (43) y sobre la “ideología de la autonomía” (69). A ello, Huysen lo denomina el “*ethos* del modernismo” (*modernism*), mientras que Raymond Williams (1989) la refiere como la “política del modernismo”, según éste basada en criterios de autoridad cultural (53) y en operaciones de selectividad y canonización propuestos como universales (56). En Latinoamérica este *ethos* tomó una forma muy precisa a lo largo del siglo XX, delatando en esa contundencia la carga utópica con que fue revestida.

Las prácticas escriturales, sus formas y géneros fueron objeto de una meticulosa regulación en la medida en éstas que testimoniarían –en lo tocante al campo de la cultura– la concreción del proceso de modernización emprendido por Latinoamérica. De esta forma, los rasgos que se impusieron para las prácticas escriturales (teniendo un concomitante impacto en el derecho a la conservación archivística) fueron, en un primer lugar, la autonomía en relación opuesta a la dependencia del mercado como también en relación al mundo de los oficios, desplazando así desde un comienzo la posibilidad de que las producciones periodísticas puedan ser parte de esta construcción de la modernidad. Por otro lado, se estableció la regencia indiscutida de “la ficción” como privativa de la escritura literaria y la exclusión de todo uso instrumental y comunicativo del lenguaje, identificado sí con la labor en el periódico. Desde una mirada radicalmente crítica, Antonio Cornejo Polar (1999) definió a esta organización moderna del universo expresivo latinoamericano como el imperio de una idea *restrictiva* de la cultura, supeditada únicamente al reconocimiento de la alta cultura y en contraparte, desvinculada de las dinámicas expresivas propias de la región, que para este crítico eran más bien orales, heterogéneas, contradictorias (10).

Esta modalidad de modernización impuesta desde la idealización y sostenida desde un determinado sector de la elite letrada, escasamente pudo dar cuenta de la especificidad del texto cultural latinoamericano, atravesado como tradicionalmente estuvo por géneros híbridos, por prácticas no “estrictamente literarias” y por un diálogo notablemente fluido entre las obras “mayores” y la actividad periodística llevada a cabo en paralelo por los grandes escritores a lo largo del siglo (Ramos, 1989). Una modernización, entonces, que en el desfasaje entre su proyección utópica y la realidad decantó en hondas contradicciones: porque siendo la actividad periodística parte fundamental del proceso de modernización (en tanto posibilitó la profesionalización de la escritura), por otro lado, sin embargo, fue concebida negativamente como un resto indeseable de ésta, incluso amenazante de su orden.

Llegados los '70, es Fernández Retamar quien señala la necesidad de resquebrajar la dominancia que el *ethos* moderno de raíz europeísta y letrada detentaba sobre el campo cultural latinoamericano, llamando a revisar radicalmente el objeto de los estudios latinoamericanos. La preeminencia en la literatura de prácticas escriturales que resultan híbridas frente al modelo de los “géneros literarios” que sí caracterizaría al sistema europeo, da cuenta para Retamar de las funciones “extraliterarias” a las que se han debido abocar históricamente las escrituras de la región en su arduo camino hacia la expresión propia. Por ello, para Retamar: “La línea central de nuestra literatura parece ser la *amulatada*, la *híbrida*, la “ancilar”; y [por el contrario] la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) literaria.” ([1975] 1984:56).

En esta tradición híbrida revalorizada por Retamar, serán las producciones periodísticas las que comiencen a ocupar un lugar protagónico y de gran productividad para una nueva teorización de la especificidad de la cultura latinoamericana. Entre fines de los '70 y durante los años '80, el periodismo, su práctica y sus géneros, comenzarán a estar en el trasfondo de la formulación de nuevas categorías teóricas como las de “tradición ancilar” (Fernández Retamar), “transculturación” y “tecnificación narrativa” (Rama), “modernidad desigual” (Ramos), “culturas híbridas” (García Canclini). Todas ellas convocan de distinta manera al texto periodístico por su condición de ser lo tachado de la modernización, constituyéndolo en espacio reflexivo desde el cual repensar la escritura latinoamericana ya no en términos de pureza, sino en términos de hibridez.

Es a partir de los años '80 cuando los primeros trabajos de desclasificación de las producciones periodísticas de “escritores literarios” comienzan a emerger como parte del trabajo crítico. Sin dudas el ejemplo inaugural es el trabajo de rescate que Julio Ramos (1989)

realiza de las crónicas de José Martí, hasta entonces poco conocidas (30) y “prácticamente olvidadas”, como él mismo afirma (Ramos, 225).

El trabajo archivístico se halla en el seno del proceso de revalorización ascendente de las prácticas periodísticas del pasado y viceversa: el rescate de éstos impacta en un renovado discurso de afirmación de la tarea de archivación, es decir, del valor cultural y político que tiene la recuperación, reactivación y democratización de los legados del pasado. Al respecto la propuesta del crítico uruguayo Hugo Achúgar (1993) es elocuente: para éste, frente a la “biblioteca en ruinas” de la modernidad cultural latinoamericana (una biblioteca- archivo que el crítico caracteriza como racista, machista, heterosexista, elitista y demandante de “lecturas monumentales”), la tarea política que le compete a la crítica de los últimos años es la de rearmar otra biblioteca con lo que dejó aquella modernidad cultural, pero ahora bajo el signo de la “democratización” de los bienes culturales. Allí la tarea se desenvuelve en el rescate de “esos otros libros subyugados” (20) para reponerlos como escrituras que se resisten a la uniformización de las expresiones y las voces. En la misma línea, otro crítico de ineludible referencia en cuanto a la revisión de la modernidad latinoamericana, Néstor García Canclini (1990), también llamaba por estos mismos años a “descoleccionar el museo” de la modernidad: aquel espacio ya referido donde solo tenían cabida las producciones culturales dignas de archivación: “descoleccionar para dejar paso a las tramas escriturales híbridas” (70). Asimismo, Ángel Rama identifica de forma señera ya en 1976 en su artículo “Rodolfo Walsh: el conflicto de culturas en la Argentina” la extrema riqueza que los escritos periodísticos de Walsh tendrían para una comprensión más ajustada de la cultura. Pero incluso, más allá del interés por Walsh, Rama reclama poner atención a todos los que denomina “géneros de humildes cunas [...] desdeñados por los cultos de la época” (Rama, 1976: 293), tales como las crónicas, el articulismo en general, el periodismo de investigación. Rama comienza así a dar vuelta el mapa de jerarquías deudor del *ethos* moderno: por primera vez señala en su ensayo “El boom en perspectiva” (1984) la connivencia con el mercado que tendrían los “géneros mayores”, en particular la llamada “nueva novela latinoamericana” exhibida por entonces como la gran producción cultural de la región, y por el contrario, indica el valor de autenticidad, fuerza e innovación expresiva que detentarían las producciones periodísticas del momento, menospreciadas, sin embargo, por el salón literario para el cual éstas no serían sino “arrabales de la palabra escrita” (Rama, 1976: 294). De allí que en las últimas décadas el trabajo archivístico recorte con significativo interés a estas escrituras, deviniendo en objeto de una intensa desclasificación que las sustrae al olvido y los dispone a una nueva archivación, como en los casos que han sido señalados en el apartado anterior. De ellas emerge la posibilidad de

contestación a la horma elitista y belle-letrista que la modernización buscó asentar sobre las formas de producción cultural, sobre su modo de recepción, consumo y conservación.

Para Derrida, la tarea que hoy nos demanda el archivo, luego de que la modernidad nos haya mostrado su cara más distópica, es la de la “exhumación” en tanto acción de rescate de géneros o textos rechazados, ocultos o desvalorizados; una acción que de este modo conlleva un proceso de transformación inherente, porque “one does not exhume just anything. And one transforms while exhuming” (Derrida, 1989: 821). Esa transformación se articula a la potencia que se cierne sobre el archivo referida al comenzar: sólo se comienza a vivir de otra manera lo que se archiva de otra manera. En el entramado singular que surge entre el rescate de textos periodísticos olvidados y la valoración del propio trabajo de archivo emerge la posibilidad de rehacer la forma de *leer*, de *heredar*, *legar* y *construir* una determinada experiencia en relación a los productos culturales, la cual se desmarque del *ethos*, caracterizado en general como autoritario, letrado y jerarquizador, de la modernidad.

La exhumación de las escrituras periodísticas convoca actualmente un extraordinario interés porque desarchiva paralelamente una forma de acceso al pasado que indefectiblemente reconfigura también una forma de predisponer la conservación de los bienes culturales hacia el futuro y así, la vivencia de ellos. Solo esto será la garantía de que *otra experiencia* que escape a la uniformización de los lenguajes y expresiones culturales, será posible. Es allí donde para Galende (1995), los restos *insurrectos* de la modernización se transforman en verdaderos tesoros “gracias a cuyo anacronismo todo tiempo podrá ser otro tiempo, [donde se oye] el susurro arcaico de las conciencias que se rehúsan a ser deportadas a un mundo sin legados, o a cumplir su misión entre las toscas redes de las regularidades sociales” (24). Como ningún otro, en este contexto descrito, los materiales periodísticos advierten acerca de la precariedad material que se cierne sobre todos los bienes culturales, y en consecuencia, impelen por nuevas políticas de conservación que problematicen el legado moderno. Conservar para mantener abierta la posibilidad de rehacer los modos de pensar, vivir y legar nuestro patrimonio cultural y escritural.

## Bibliografía

- Achúgar, H. (1994), *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la periferia*. Montevideo, Trilce.
- Barriendos, J. (2012), “Reterritorializando los sesenta. Archivos, documentos y



- postestructuralismo en el museo de arte". *Arte, archivo y tecnología*. Santiago de Chile, Finis Terrae, pp. 121-141.
- Brunner, J. (1986), *Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina*. Santiago de Chile, Flacso.
- Carpentier, A. (1975), "El periodista: un cronista de su tiempo". Disponible en: <http://semanarioaqui.com/index.php/lucha-de-nuestros-pueblos-2/1111-el-periodista-un-cronista-de-su-tiempo>
- Cornejo Polar, A. (1999), "Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo", *Revista de crítica literaria latinoamericana*. N° 5, pp. 9-12.
- Dalmaroni, M. (2010), "La obra y el resto (Literatura y modos del archivo)", *Revista Telar* N° 7-8, pp. 9-29.
- De la Campa, R. (1996), "Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza", *Revista Iberoamericana*, N° 176-177, pp. 697-717.
- Derrida, J. (1989). "Biodegradables: Seven Diary Fragments", *Critical Inquiry* N° 4, pp. 812-873.
- Derrida, J. 1995, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Valladolid, Editorial Trotta.
- Fernández Retamar, Roberto (1975), *Para una teoría de la literatura latinoamericana*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Galende, F. (1995), "La insurrección de las sobras", *Revista de Crítica Cultural* N° 10, pp. 24.
- García Canclini, N. (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo.
- Giunta, A. (2010), "Archivos. Políticas del conocimiento del arte de América Latina" *Revista Errata* N° 1, pp. 5-11.
- Henríquez Ureña, P. (1952). *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Raigal.
- Huyssen, A. (2006), *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Gutiérrez Nájera, M. ([1884] 1995), "Crónica de 'El Nacional' de Marcial". *Manuel Gutiérrez Nájera. Obras I*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Panesi, J. (2005), "Hegemonía, excepciones y trivialidades en la crítica cultural argentina". *El Interpretador*. 12 de marzo. <http://elinterpretador.com.ar/12JorgePanesi-HegemoniaExcepcionesYTrivialidadesEnLaCriticaCulturalArgentina.htm>
- Rama, A. (1976). "Rodolfo Walsh: el conflicto de culturas en la Argentina". *Escritura I*, 2, pp. 279-301.
- Ramos, J. (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el*

María José Sabo

Vol. 1, N.º 53 (enero-marzo 2017)

*siglo XIX*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.

Rolnik, S. (2014), *Archive mania. 100 Notes, 100 Thoughts: Documenta Series*. UK, Gestalten.

Reyes, A. (1944), *El deslinde. Apuntes para una teoría de la literatura*. México, Fondo de Cultura Económica.

Williams, R. ([1989] 1997), *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial.